

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, CONSTRUCTORES DE LA IDENTIDAD IGNACIANA

Humberto José Sánchez Zariñana, SJ
Seminario AUSJAL sobre Identidad, Espiritualidad y Universidad
Universidades Mexicanas
Universidad Iberoamericana, Ciudad de México
Septiembre 2005

Esta conferencia surgió con el título: “La espiritualidad, componente de la identidad ignaciana”. La generalidad de este título creó en mí alguna inquietud, hasta que vi, con el tiempo, que debía modificarse y precisarse. A esta conferencia la titularé: “Los Ejercicios Espirituales, constructores de una identidad ignaciana”. Porque si es cierto que la espiritualidad, en términos amplios contribuye a la vida cristiana en general, no necesariamente es constructora de identidad, ni necesariamente es ignaciana.

No pretendo agotar la temática ni dar todos los elementos que podrían constituir una identidad ignaciana. Sólo presentaré algunos elementos que me parecen fundamentales en la creación de una cierta identidad, de un cierto estilo que se va quedando en aquellas personas que se lanzan a la aventura de encontrarse con Dios por medio de esta metodología ignaciana que está en los Ejercicios Espirituales.

Visión optimista de la historia

Un primer componente de la identidad ignaciana, heredera de la visión cristiana, es la mirada que se tiene de la realidad en su conjunto. El ejercitante es invitado a contemplar la creación y su propia vida en ella como un don, como un regalo del mismo Dios. Presentarse frente a Dios con todo lo que soy positivamente y con todo lo recibido en la vida abre al ejercitante horizontes que, quizás por una experiencia obnubilada por el sufrimiento, el dolor o el fracaso, no se había permitido observar. El hecho de dejar a la criatura encontrarse con su Creador y desde ese horizonte ver su vida hacia atrás permite crear una nueva perspectiva, una nueva manera de enfrentarse con la misma realidad. Muy probablemente esto lo lleve a tener los ojos cargados de fe para percibir admirativamente la vida recibida en una actitud positiva y agradecida. La vida no es una casualidad, no es una condenación, un simple azar del destino. En la vida y en la historia está inscrita una voluntad amorosa, una voluntad fuerte que desde lo más hondo ha creado vida en todo su esplendor. Así, la actitud interior que se genera es la sonrisa, el asombro, como el niño que se presenta de manera entregada frente al día que comienza y frente a la belleza de la creación.

Esta gratuidad va acompañada del asombro frente a sí mismo, frente a su capacidad de intelegir, de crear, de sentir, de obrar para adaptarse y moldear una Naturaleza que le proporciona lo necesario para sustentarse. La culminación del proceso

de creación de Dios termina con el ser humano: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1, 26). Este hecho culminante de la voluntad amorosa de Dios se presenta entonces como el don inaudito de la creación regalada al hombre para su dominio y manejo, al mismo tiempo que conlleva una responsabilidad existencial: de ese don recibido ha de saber responder con su vida entera.

El amor del Padre, cimiento para nuestra acción en el mundo

Dios constituye un suelo, una tierra digna donde puede caminar y puede construir y construirse. La angustia de estar aparentemente solo en la existencia no puede ser contrarrestada únicamente por la presencia de una pareja que se le da al hombre como compañera de viaje. La soledad sólo puede ser contrarrestada por lo único que puede sostener la existencia: un amor permanente, que la contingencia de nuestra creaturidad no puede garantizar. Nuestras búsquedas humanas están preñadas de una búsqueda afectiva de lo infinito y permanente. La ciencia pretende llenar este hueco afectivo con su oferta de hacer la vida más cómoda, con sus placebos que, en la forma de artículos de consumo, satisfacen una necesidad psico-afectiva. Esta falta de satisfacción definitiva ha permitido que la sociedad moderna pueda ofrecer constantemente nuevos productos: porque, sean como sean los productos del mercado, dejarán al hombre siempre con hambre de más. Cuando ese amor fundante de Dios entra a nuestra vida o, por decirlo mejor, lo descubrimos sosteniéndola, la búsqueda de absoluto entre los seres terrenos terminan. Es así como los seres llegan al estatus que les corresponde: el de criaturas.

Por ello, San Ignacio propone, más que escritos teológicos cuidadosamente elaborados o poemas místicos altamente inspirados, una metodología para que el ejercitante se encuentre con su Creador. Los Ejercicios son todo menos una predicación piadosa, con una mayor o menor fundamentación teológica o cristológica. El director ha de hacerse humildemente a un lado, con todos sus conocimientos y experiencia, para facilitar este encuentro fundador. La experiencia de Ignacio de este encuentro amoroso está en continuidad con toda la tradición bíblica y eclesial, en la que Dios no ha cesado de comunicarse al pueblo elegido y a las personas en particular. Dios promete su presencia a Moisés cuando se siente indigno de liberar a su pueblo (Ex 3, 11); Dios tranquiliza a Jeremías, que se queja de su juventud, también con la certeza para salvarlo de manos de sus enemigos (Jer 1, 8.19). El Ángel Gabriel saluda a María con un “El Señor está contigo” para que pueda aceptar la misión de educar y sacar adelante a Jesús. Una presencia divina prometida de manera permanente ahuyenta la soledad existencial y prepara el camino de la vida.

Esta experiencia espiritual de encuentro con el Dios de la vida creó en Ignacio una nueva identidad. Sin borrar su pasado, su experiencia militar, su personalidad apasionada; sus sueños caballerescos fueron transformados en energías ilimitadas para servir a su nuevo Señor. Ignacio descubrió que no había que anular todo este potencial que en su pasado se dirigía hacia objetivos mundanos, carnales, personales, y se dio cuenta de que su ordenamiento en Cristo podría darles un nuevo sentido. Constató que el

afecto ordenado es el que puede en verdad ser aprovechado adecuadamente por los impulsos del Espíritu. Entendió que el afecto puesto en el amor y en el servicio ofrece una vida plena más allá de las satisfacciones inmediatas. Por ello define los Ejercicios como "todo modo de preparar y disponer el alma para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del alma" (EE 1).

Una libertad liberada. El Otro y el otro.

Cuando los afectos pueden ser ordenados, la parte más "peligrosa" del ser humano se puede convertir, junto con las otras capacidades humanas, en verdadera fuente de libertad. Libertad liberada por el amor liberador y fundante de Dios como soporte de toda la creación y, en ella, del ser humano. Esta libertad que se empieza a liberar progresivamente tiene tres dimensiones: una "libertad de", una "libertad para" y una "libertad con".

La "libertad de" implica en primer lugar la libertad del pecado. Después de que el ejercitante constata todo el amor recibido por su Creador, Ignacio lo invita a calibrar su vida desde ese amor recibido. ¿Cuál es la respuesta que encuentra el creyente en sí mismo ante todo ese amor recibido? Una generosidad enana, si no es que egoísta, desentendida de los demás, esclavizada a sus pasiones, desordenada en sus intenciones. Ignacio no teme confrontar al ejercitante con su propia realidad y confía en que el ejercitante, guiado por una mano misericordiosa, podrá ver sin tapujos el corto horizonte de una vida sin Dios. Este encuentro con los abismos personales puede ser fuente de terror, de miedo, de huida. Sin embargo, San Ignacio no deja al ejercitante ir solo a sus infiernos: va acompañado por Jesús crucificado cuya misericordia es totalmente gratuita y total. La compañía de la divinidad en la contemplación de la propia miseria es fundamental, porque ella nos enseña que, por más profundo que sea nuestro pecado y por más vil que pueda ser nuestra maldad, ella nunca tiene la última palabra. Más allá del pecado está la gracia; más allá de la ofensa, está el perdón; más allá del destrozado provocado, está el remedio. Visitar nuestra basura interior y la maldad de la que somos capaces, en compañía de aquél que nos salva, evita toda desesperación y toda depresión: más allá de la oscuridad, está la luz y los brazos abiertos del Padre. El mismo Ignacio quiere que el ejercitante experimente la fuente inagotable de ese perdón, aún cuando los abismos de la criatura sean extremadamente profundos y negros. Los frutos de una reconciliación serán tanto más ricos y profundos cuanto más sincero sea el reconocimiento de nuestra indignidad y de nuestro desvío.

Más allá del crudo realismo de la propia condición humana experimentada personalmente en la meditación sobre el pecado, esta experiencia tiene alcances insospechados. Calar hondo en mi condición humana se convierte muy pronto en la constatación cruda y simple de la generalización de la miseria humana. Esta constatación doble, lejos de ser un impulso a la desesperación, vivida desde el perdón divino, se convierte en fuente de misericordia hacia los demás. Uno de los ejemplos más

conmovedores de este hecho lo podemos encontrar en el personaje principal de una de las obras más grandes de la literatura universal: Jean Valjean, en *Los Miserables*. Jean Valjean, comprendido y perdonado sin medida por el obispo y, a través de él por Dios, comienza una nueva vida ejerciendo la misericordia sin límites hacia sus perseguidores e injustos enemigos y hacia los miserables de la tierra. Su nueva vida no sólo está marcada por actos aislados en favor de los demás, sino que se ejerce de manera permanente, generosa, magnánima; en ocasiones hasta silenciosa y pretendidamente discreta. Ignacio mismo vivió esta experiencia del perdón infinito de Dios, y su crisis de escrúpulos no era sino una falta de fe en Aquél que, de verdad, olvida y perdona de corazón todas sus faltas. También el capitán Mendoza, en la película "La Misión", recrea su vida después de recibir el perdón de los mismos guaraníes que había matado o esclavizado.

Pero la reconducción de una vida después de la experiencia del perdón necesita elementos adicionales, vías para expresar el agradecimiento y canalizar la energía positiva que se despierta al recibir el perdón. ¿Quién va a retomar toda esta energía generosa y agradecida? Nadie mejor que el mismo Jesucristo. Aquí Ignacio va a poner al ejercitante ya no frente a sí mismo y a su pobreza, sino frente a Otro que le conducirá hacia el verdadero camino de realización. Todo lo que sigue en la Segunda, Tercera y Cuarta Semanas de los Ejercicios es la invitación a constituirse, interiormente, en otro "Cristo", en otro ungido por el Padre para anunciar la Buena Nueva traída por Jesús. Aquí coinciden la identidad cristiana y la identidad ignaciana: toda nuestra personalidad, deseos, metas, cualidades, dones, acciones estarán de algún modo impregnados de la persona del mismo Jesús. La prevalencia de la contemplación a partir de la Segunda Semana habla de esta mirada puesta en el Hijo (y no en uno mismo), en su "conocimiento interno", en la apropiación de todos sus valores, de su proyecto, de su modo de ser, de sus actitudes, de sus acciones. Pero este contemplar está lejos de ser un mimetismo o una imitación malograda. La contemplación de su vida ha de servir como un espejo de mi propia vida: reflejar para sacar provecho es como dejar que la luz que brota de la vida y personalidad de Jesús hagan eco en mí, iluminen mi vida y la hagan moldearse a su estilo. Podemos hacer un paralelo con lo que sucede entre dos amigos que se tratan con suma frecuencia. Las actitudes, gestos, estilo, talante del amigo empieza a hacer efecto en mis propias actitudes, gestos, acciones, incluso corporal e inconscientemente. La invasión de la luz de Jesucristo en mi vida implica ese caminar con el amigo con quien uno quiere compartir la comida, la bebida, el trabajo, los sufrimientos, las victorias (EE 93). De hecho, los tres grados de humildad con que mide Ignacio el nivel espiritual del creyente van en esta línea de identificación con el Hermano mayor, por quien, en el máximo grado de compromiso con él, estaría dispuesto a dar la vida por él (EE 167), en medio de las posibles humillaciones, incomprensiones o persecuciones realizadas por los hombres.

Este nuevo camino moldea la misma libertad humana y la complementa. Si el camino de la libertad comenzó con la liberación del pecado, ahora esta "libertad de" se va a afinar. Para poder seguir al Señor en su proyecto del Reino, habrá que liberarse de afectos desordenados ante personas, familia, cosas, actitudes, ideas. Esta libertad frente a

las criaturas es, en principio, una libertad afectiva; implica que el lazo afectivo - mi pareja, mi familia, mis ideales, mis obras, el Estado, el partido - no se convierta en un ídolo. En ocasiones la libertad que se busca se convertirá en la conversión a una pobreza efectiva, cuando, por amor a Jesús y a su Reino, tenga que desprenderme de cosas, personas, actitudes, posesiones, ideas, trabajos, porque en el discernimiento he visto que estas cosas o personas, de algún modo, estorban el proyecto que he elegido junto con Jesús. Esta “libertad de” los afectos desordenados está motivada por otra modulación de la libertad: la “libertad para”. San Pablo afirma que la libertad que han alcanzado los cristianos ha sido regalada por el mismo Cristo, por su pasión, muerte y resurrección; pero esa libertad comprada a precio tan alto ha de transformarse en “servicio de unos a otros por amor” (Ga 5, 13). La libertad auténtica está íntimamente ligada con la caridad, que a su vez está inspirada por el Espíritu. Pablo menciona los frutos del Espíritu de Dios, íntimamente ligados con las relaciones que establecemos con nuestros semejantes: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí (Ga 5, 22). La “libertad para”, inspirada por el Espíritu, se inscribe en el proyecto del Reino e impulsa al creyente a actuar de acuerdo con sus posibilidades personales y las posibilidades que la historia que vive presenta como viables y realizables.

Finalmente, Ignacio no concibe al ejercitante en una esfera aislada en su actuar. Ignacio se imagina en un seguimiento comunitario, en un grupo incluso numeroso, necesario para contrarrestar las fuerzas del Maligno y para el advenimiento del Reino. Esto lo vemos en el escenario en el que se encuentra el llamamiento del Rey eterno: “Considerar el sermón que Cristo nuestro Señor dirige a todos sus siervos y amigos, que envía a esa tarea encomendándoles que a todos quieran ayudar para traerlos” a pobreza, oprobios y menosprecios (EE 146). Ignacio funda también una comunidad de amigos con quienes comparte su experiencia y sus ideales. El cristiano no es un francotirador, sino un ser humano que, con otros, vive, convive, trabaja, sufre, celebra y goza. Así, el cristiano vive su libertad comunitariamente. Somos seres comunitarios, vivimos en co-dependencia, querida o no. Si la sociabilidad del hombre y su necesidad de los otros es algo constitutivo a la existencia, nos puede poner en una cierta actitud defensiva, especialmente en la selva humana que se nos impone vivir por la modernidad. Pero desde la espiritualidad ignaciana, esta convivencia se transforma de una interdependencia obligada, en una comunidad deseada y promovida.

Un creyente discerniente y entregado

Ignacio, sin embargo, no es ingenuo cuando va ayudando al ejercitante a sentirse empapado por la fuerza de la vida de Cristo. Al contrario, pone al ejercitante frente al realismo crudo del mal en el mundo y a la presencia del Maligno, no sólo en la sociedad concreta o en los otros, sino en el ejercitante mismo. Porque la presencia del mal en este mundo no se ejerce solamente en la simple fragilidad humana que se dobla frente a las tentaciones carnales o frente a su propia inconsistencia en el cumplimiento de la Ley. Ignacio no sólo nos previene de las astucias del enemigo en el área propiamente moral: intenta desenmascarar las áreas que son caldo de cultivo de los ataques del Mal Espíritu,

las áreas donde se manifiestan riquezas humanas muy grandes: la inteligencia y el afecto. Sin pretender resolver el problema del mal y siendo consciente de su persistencia, Ignacio nos ofrece más bien la herramienta del discernimiento. Con ella, no sólo nos hacemos capaces de detectar las argucias con las que el Mal Espíritu quiere desviarnos del proyecto del Reino. El discernimiento intenta sobre todo ayudarnos a captar, con una sensibilidad espiritual desarrollada en la connaturalidad de la relación con la persona de Jesús, la presencia de Dios, que por su Espíritu sigue hablando en la historia, en la Naturaleza y en el hombre mismo.

El desarrollo de la capacidad de discernimiento tiene que ver también con el desarrollo de la sensibilidad para captar cómo Dios sigue hablando en la historia de los hombres, tal como lo hizo en la historia de Israel, en la historia de la Iglesia, en la historia de la humanidad. En medio de un mundo que parece resquebrajarse y que parece dominado por el mal, Ignacio apuesta por la bondad de Dios. La experiencia de Ignacio empata con la tradición veterotestamentaria, que en la reflexión tardía sobre su historia de fracasos y de destierros, descubre que Dios es capaz de ordenar el mundo caótico que se había creado para Israel. La reflexión sobre la historia del pueblo de Israel hace caer en cuenta a la escuela sacerdotal de que, más allá de los lugares santos, de la tierra prometida y varias veces perdida, del sacerdocio, del calendario de fiestas, de los ritos, de lugares donde tradicionalmente se buscaba a Dios, éste pide ser encontrado en Espíritu para hacerse cercano a su criatura. Con el primer capítulo del Génesis se está afirmando que la bondad de Dios, entendida por los judíos como particularmente enfocada al pueblo de Israel, se extendía universalmente y abarcaba toda la creación.

Ignacio considera también esta manifestación universal de la bondad de Dios, y de ello se desprende la proposición para el ejercitante de agudizar su sensibilidad en la contemplación, para alcanzar amor. El fruto de los Ejercicios va llevando al ejercitante a ir constatando en toda su vida, en la vida ajena, en la historia, la presencia amorosa del Padre. Ignacio lo expresa de manera nueva: el ejercitante ha de ponderar “cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado de lo que tiene, y, como consecuencia, cómo el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede” (EE 234). Esta generosidad sin límites de Dios, completada por su habitación en las criaturas, dándoles el ser, la vida, los sentidos, la inteligencia; por su habitación en mí como templo y por su trabajo por nosotros en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra, no puede menos que hacer brotar del ejercitante el más alto don de sí mismo. Ignacio sopesa la magnitud del acto de entrega de Dios, y no puede menos que pedir al ejercitante que entregue de sí mismo todo cuanto es y cuanto tiene: libertad, memoria, entendimiento, voluntad, posesiones, riquezas, sólo pidiendo la gracia y el amor fiel de Dios para que el Creador disponga de él a voluntad. Una libertad totalmente ejercida y totalmente entregada al dueño de todas las cosas. La totalidad de la entrega es radical y marca en lo más hondo el modo de proceder del ejercitante. El ejercitante, al abrir sus antenas para captar el amor de Dios manifestado de manera más general, podrá cambiar su propia mirada, que en ocasiones se tiñe de desesperanza y de apatía frente a los grandes retos de luchar por hacer de este mundo un lugar más habitable y humano.

El reto de vivir bajo el ES. La caridad sin límites.

Supongamos que vamos a misa un domingo. Durante esta celebración nos damos cuenta de la ausencia de una compañera relativamente vecina y amiga con la que nos encontramos con cierta frecuencia en estas visitas dominicales a la Iglesia. Nuestros pensamientos al respecto pueden ser múltiples: "salió de viaje", "se enfermó", "fue a visitar a su mamá", "le dio flojera venir a misa", "se levantó tarde porque fue a una fiesta", o peor: la juzgamos de mala cristiana, de inconstante en su fe. Vamos a suponer que, dentro de todas estas posibilidades, nos sentimos invitados a ir a visitarla, sin saber a ciencia cierta si es curiosidad o auténtico interés. De cualquier modo, en la visita constatamos que está enferma. ¿Qué sucede en nuestro interior? Si estamos en una auténtica dimensión cristiana, e incluso en un humanismo sin Dios, muy probablemente sintamos compasión. Nos duele verla así. La pregunta es: ¿qué vamos a hacer? ¿De dónde vamos a sacar la inspiración para deducir lo que toca en ese momento?

Las exigencias que podemos extraer del Nuevo Testamento pueden ser en parte iluminadoras. Si buscamos un texto que nos lleve a las actitudes que hemos de tener con los enfermos, nos encontraremos con que las obras de misericordia que son propuestas en la parábola del juicio final son muy variadas: dar de comer al hambriento, acoger al forastero, vestir al desnudo, visitar al que está en la cárcel. Nos podemos consolar de que cumplimos lo pedido por el Señor, porque en la lista también aparece este mandamiento: asistir al enfermo. Parece que estamos en el umbral del cielo con nuestra acción, pero en realidad estamos en el umbral de la caridad. No se nos dice más. No se nos dice si hemos de hablar con él, si hemos de alimentarlo, si hemos o no de conseguirle medicinas, si hemos de atender o no a sus hijos, si nos hemos de encargar probablemente de alguna de sus tareas, si hemos de hablar con alguno de sus familiares para ver cuál es su situación actual. En ninguna parte está escrito qué hemos de hacer ni qué debemos de decidir. Si esto fuera todo y nos limitáramos a una acción puntual que aliviara nuestra conciencia y que nos hiciera pensar que ya hicimos la buena obra del domingo, nos equivocamos. Porque el verdadero reto no es la buena acción que se me dio como oportunidad para ayudar. Ciertamente actué con audacia y valentía cuando fui más allá de mi juicio o de una preocupación superficial por ella. La pregunta es: ¿hasta cuándo? ¿Cómo? ¿Hasta dónde me va a llevar este compromiso? Porque, si seguimos por este camino de interés por su vida, se va a comprometer de algún modo nuestra libertad. Probablemente puede implicar incluso una cierta cruz, un compromiso que pueda alterar la rutina de mis actividades cotidianas. En ese momento, no puedo tener todas las respuestas y, por ello, tampoco todas las certezas. Estoy abierto a lo desconocido, a lo inesperado, quizás a algo que me desequilibre. Esto es para dar terror a cualquiera o, por lo menos, nos da materia suficiente para sembrar en nosotros el sobresalto.

Aquí es donde hay que volver al movimiento originario, que es el mismo que tuvo Dios cuando los gritos del pueblo de Israel llegaron hasta el cielo: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus

opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios” (Ex 3, 7-8). Dios sintió compasión de su pueblo y decidió liberarlo. Es la misma compasión que sintió Jesús y con la que anunció e inició su misión en el mundo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19). Jesús, por la fuerza del Espíritu, asume la misma compasión que su Padre y vela por los sufrientes. La parábola del Buena Samaritano no es otra que la del cristiano que está ejerciendo el amor al prójimo como el medio para heredar la vida eterna. Y lo que suscitó todos los movimientos del samaritano fue la compasión: “Un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verle, sintió compasión”. De esta compasión se desató toda su acción posterior: se acercó, vendó sus heridas, puso en ellas aceite y vino, lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada, cuidó de él, sacó dos denarios, los dio al posadero, le pidió que cuidara de él, se comprometió a pagarle lo que fuera necesario a su vuelta y a regresar para ver cómo estaba. 11 acciones generadas a partir de la compasión. El compromiso no fue instantáneo, sino que se prolongó en el tiempo. La historia no va más allá: queda abierta al futuro. El prójimo no es el que está próximo, sino al que yo me hago próximo porque sufre y que me genera un sentimiento de compasión: “¿Quién te parece de estos tres que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él le dijo: ‘El que practicó misericordia con él’” (Lc 10, 36). Practicar la misericordia no es un sentimiento. Es un sentimiento inicial que va ligado a una serie de acciones prácticas por el bien del otro.

Ignacio es consciente de esta visión compasiva de la Trinidad en su contemplación sobre la encarnación. Si volvemos a la idea de que hemos de ir adquiriendo la mirada divina, el modo de ser divino, Ignacio nos hace contemplar con insistencia a la Trinidad que mira a su vez el mundo: “Las tres personas divinas miraban la llanura o redondez de todo el mundo lleno de hombres, y cómo, viendo que todos descendían al infierno, determinan en su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar el género humano” (EE 102). Más allá de la teología del pecado y de la gracia que se vivía en el tiempo de Ignacio, la mirada de la Trinidad es una mirada de dolor frente al infierno que viven los hombres. Esta visión no se restringe a un cierto tipo de hombres, sino que se extiende universalmente, sin distinción: “tanta diversidad, así en trajes como en actitudes, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etc.” (EE 106). Pero recordemos que la Trinidad ve el mundo, y el ejercitante ve el mundo y a la Trinidad, como si quisiera llenarse de la mirada de compasión y de no-exclusividad de Dios mismo. La decisión de la Encarnación se da pues desde la actitud de la compasión y de la misericordia que se ejercerá de manera más plena con la misma vida de Jesús, todo él misericordia hacia los hombres y particularmente a los más sufrientes. Ésta es una de las señales de identidad más fuertes de la vida cristiana y de la espiritualidad ignaciana: la capacidad de compadecerse frente a los hombres y mujeres, cualesquiera que sean, y de ejercer la misericordia. Esta misericordia ha de realizarse en un discernimiento constante de los medios necesarios para aliviar el dolor ajeno, de los

tiempos para ejercerla, de las capacidades a emplear por el bien del prójimo, de la apelación a otras fuerzas humanas para venir en ayuda del herido, del enfermo, del encarcelado, del excluido.